

Nombre y apellido: Lucas Ignacio Verduci

Afiliación institucional: FSOC – UBA

Correo electrónico: lucasverduci@gmail.com

Mesa 14: Contextos, relaciones y prácticas de producción de "Infancia" en América Latina

Título de la ponencia: Autopercepción y representaciones sociales de jóvenes y adolescentes destinatarios de bullying durante la infancia

Abstract: En septiembre del 2013 la Cámara de Diputados de la Nación Argentina sancionó una ley direccionada a la desnaturalización de la violencia escolar como ritual de interacción (Goffman, 1978). Tras un proceso de visibilidad del hostigamiento sostenido como forma de estigmatización a quienes carecen de atributos cuya presencia minusvalora a unos y sobrevalora a otros (Meccia, 2012) en el espacio público (Bauman, 2003), la legislación conlleva la implementación de políticas públicas orientadas a garantizar el derecho (Arcidiácono y Gamallo, 2012) a un clima social escolar continente (Kornblit, 2006). Desde una perspectiva microsocial, utilizando el método biográfico, este trabajo se propone comparar las representaciones sociales de actores sociales de dos grupos que fueran destinatarios de bullying en la infancia. Un primer grupo compuesto por jóvenes que transcurrieron biográficamente durante la transición de la representación social del acoso escolar como un asunto de niños y adolescentes “desviados” (Becker, 1963) al bullying como problema social global (Baron y Byrne, 2009) y un segundo de entrevistados en profundidad integrado por adolescentes que experimentaron violencia directa luego de la consolidación del último proceso social. Se explorará la relación entre las narraciones del bullying como cristalizador de interacciones inmersas en dinámicas de discriminación (Meccia, 2011) con la evidencia del fenómeno ante la opinión pública. Será identificado en el relato el impacto de la violencia escolar en las imágenes que constituyen su autopercepción.

Ponencia:

Aproximaciones en torno al concepto de bullying

Durante las últimas dos décadas percibimos un crecimiento sostenido del resonar de las noticias en los medios de comunicación argentinos que informan sobre el bullying y sus lacerantes consecuencias. En septiembre del 2013 la Cámara de

Diputados de la Nación Argentina sancionó una ley direccionada a la desnaturalización del bullying (Olweus, 1998) como forma de violencia escolar directa (Kornblit, 2006). El concepto de bullying fue introducido inicialmente por el psiquiatra Dan Olweus derivándolo del término mobbing del psicólogo Konrad Lorenz (1973) aludiendo al ataque “de miembros de una especie contra otro miembro de la comunidad o para echar a un intruso observando en las conductas naturales de los animales, como por ejemplo, lobos versus ovejas”. Desde la perspectiva de Olweus, los episodios de violencia escolar pueden ser categorizados como bullying cuando cumplen cuatro requisitos (Kaplan, 2006). El primero es la existencia de un destinatario atacado por un agresor o grupo. El segundo, debe observarse una desigualdad de poder entre quienes protagonizan y quienes son destinatarios de estos episodios. Es decir, se trata de una interacción desigual. En tercer lugar, la repetición sostenida en el tiempo de las conductas de intimidación, aislamiento, tiranización, amenazas o insultos. Esa repetición produce un sufrimiento psíquico a mediano y largo plazo y consecuencias en la autoestima (Olweus, 1998). Por último, se individualiza la violencia directa. El blanco de los ataques son, en su mayor medida, sujetos concretos. Aún cuando se victimiza a un grupo en todos los casos el concepto de acoso escolar solo se aplica a sujetos concretos. A su vez, la perspectiva del bullying distingue cuatro modos en los cuales se ejerce la violencia (Kaplan, 2006): Física, verbal, psicológica y social. La violencia física es más habitual en la escuela primaria que en la secundaria. Consiste, esencialmente, en hostigar al destinatario a través de patadas, golpes de puño, hincar objetos punzantes y empujones. En cuanto a la violencia verbal se trata de segregación y discriminación visible en apodos, motes burlones, insultos focalizados en atributos estigmatizables (Goffman, 1989) del destinatario. Hay una estrecha relación entre la violencia verbal con los estereotipos y clichés insertos en dinámicas de discriminación. La violencia psicológica tiene una estrecha conexión con la autoestima. Ésta actúa “como un marco que determina como procesamos información sobre nosotros mismos, lo que incluye motivos, estados emocionales, autoevaluaciones y habilidades” (Baron y Byrne, 2009). Desde la psicología social se mencionan ocho componentes constitutivos de la autoestima. El autoconcepto general es la piedra angular bajo la cual se estructura el autoconcepto social general, del cual se desprenden dos grandes grupos. Por un lado el autoconcepto

social vinculado a la escuela y por otro a la familia. El primero se subdivide en las percepciones sobre sí que manifiestan compañeros y las impresiones causadas a profesores. La familia, en cambio, comprende al concepto que tienen del sujeto los hermanos y los padres. Tal como señalé anteriormente, la perspectiva de Olweus asevera que la violencia psicológica ejercida por el bullying tiene consecuencias directas en la autoestima. Uno de sus estudios cuantitativos (Olweus, 1998) comprobó que la mayoría de los adultos jóvenes que fueron destinatarios o protagonistas de bullying durante la infancia o adolescencia presentan autoestimas bajas o ambivalentes. Por último, la violencia social tiene como consecuencia la segregación directa de un miembro del grupo de las actividades grupales. Como veremos en el apartado de relatos biográficos, si bien las dimensiones de la violencia guardan entre sí una profunda vinculación, todas confluyen en violencia social.

Críticas a la perspectiva naturalista

El esquema de Olweus, predominante en los estudios argentinos y latinoamericanos enmarcados en la tradición del bullying, ha sido refutado y discutido desde las ciencias sociales dado que es fácilmente distinguible su matriz en las ciencias naturales. En consecuencia, como crítica la perspectiva naturalista surge la desnaturalización propia de la sociología (Bauman, 1996). Desde allí se afirma al bullying como cristizador de interacciones inmersas en dinámicas de discriminación. El hostigamiento sostenido es una forma de estigmatización a quienes carecen de atributos cuya carencia minusvalora a unos y sobrevalora a otros (Meccia, 2012). Un estudio psicosocial realizado hace ocho años con sede el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Kornblit, 2006) determinó que más de un tercio de los estudiantes argentinos de entonces estaba involucrado en fenómenos de violencia directa o bullying en tanto protagonistas o destinatarios. En los antecedentes del trabajo podemos observar que para analizar la problemática social es necesario en primer lugar explorar los vínculos sociales de los estigmatizados y en segundo lugar el atributo por el cuál se los hostiga, ya sea étnico, religioso, sexual o de sexualidad (Meccia, 2012). El concepto de estigma “se aplica a todos aquellos casos en que una característica observable, documentada e indiscutible, de una determinada categoría de personal sobresale para la opinión

pública y entonces se interpreta como signo visible de iniquidad o depravación moral” (Bauman, 1996) en tanto que el estigmatizado “pasa a ser poco recomendable, inferior, nocivo y peligroso. Los interlocutores están en alerta y precavidos ante la posibilidad de siniestras consecuencias en caso de interactuar relajadamente con él”. La consecuencia directa del estigma es la constitución de otro, excluido, quien se protege en una coraza de exoticismo (Goffman, 1978). Prosiguiendo en la comprensión de los adolescentes estigmatizados señala Meccia (2012) que debemos observar las consecuencias de la socialización. Interactuar con los “normales” implica perpetuar el estigma mientras que hacerlo solamente al interior del “grupo de pares” es ambivalente porque quienes les otorgan un “caparazón protector” suelen pensarse a través de las imágenes que los “normales” proyectaron sobre ellos. Los “entendidos” (Goffman, 1989) aquellos que no poseen el estigma pero por algún motivo se solidarizan con ellos, suelen enseñarle los trucos de la vida social. Allí es donde Meccia nos propone una elocuente metáfora: imaginar a los adolescentes destinatarios de bullying como monjas rebeldes residiendo en conventos donde está prohibido pararse frente al espejo: Sólo pueden tener una imagen de sí interponiendo una tela negra sobre un vidrio. Como observamos, el destinatario de bullying se transforma en el otro, se produce una reducción a un estereotipo.

Bullying y teoría social contemporánea

En las últimas tres décadas en la teoría social contemporánea irrumpieron con fuerza los estudios teóricos sobre la nueva cuestión social. Es decir, de qué forma el capitalismo tardío en sus dimensiones económicas, culturales, políticas y comunicacionales produjo nuevas subjetividades. Desde la perspectiva posestructuralista se conceptualiza como el pasaje de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. La sociedad argentina contiene elementos de ambos sistemas (García Fanlo, 2010). Lo mismo ocurre con las sociedades latinoamericanas. En los estudios de género y sexualidad se delimita la homosexualidad de la gaycidad como referenciales a dos mundos sociales diferenciados y diferenciables (Meccia, 2006). El pasaje que intentamos describir en relación a las narraciones sobre bullying se apoya en la conceptualización sociológica sobre la transición vigente en las sociedades actuales. Fueron

conceptualizadas por Beck como sociedades del riesgo globales (Beck, 1998). Giddens elaboró la hipótesis del tránsito desde la primera modernidad hacia la segunda modernidad o modernidad reflexiva (Giddens, 2009). Bauman, en cambio, refiere a la contemporaneidad con alegorías: de la modernidad sólida a la modernidad líquida (Bauman, 2002). Sennett advierte corrosión del carácter (Sennett, 2012). George Ritzer ejemplifica aludiendo a una cadena comercial de hamburguesas: transcurrimos en la mcdonalización de lo social (Ritzer, 2006). Allí es donde las nuevas formas de sociabilidad se inscriben en las microinteracciones del mundo de la vida cotidiana (Schutz, 2009). El bullying se vuelve visible ante el espacio público (Bauman, 2003) con gran impacto en la opinión pública. A partir de casos que tomaron estado público con mucha difusión de los medios masivos de comunicación comenzó a producirse una modificación central en la ciudad de Buenos Aires en relación al bullying. Emerge un discurso social productor de prácticas sociales que, progresivamente, establece que el bullying no es un mero problema psicológico de niños y adolescentes desviados (Becker, 2009) sino un problema social global (Baron y Byrne, 2009). Ante el reconocimiento del problema social global se producen discursos de diferente color sobre los cuales no puntualizaremos en el presente artículo. Nuestro trabajo exploratorio se propone narrar la relación entre las modificaciones sociales en torno al bullying y las narrativas de los destinatarios. A continuación, presentaremos las seis entrevistas que componen nuestro marco muestral.

Seis relatos biográficos sobre el bullying

Evelyn (22) llegó a la entrevista con un tatuaje recién hecho. Se tatuó una cruz en la muñeca izquierda. Quería grabarse en la piel su conversión al cristianismo evangélico. “Mis papás me dijeron que me queda horrible y que me voy a arrepentir pero me lo hice igual. Cuando te pasaste meses, perdiste meses queriéndote suicidar, pensando todo el día en matarte, hay cosas que las ves de otra manera”. El motivo del deseo de concluir la vida abruptamente nació en conexión con los episodios de bullying. “Entre los doce y los trece la pasé recontra mal”. En su caso, el motivo fue discriminación xenofóbica. “Imaginate lo que es que todos los días te digan negra boliviana, te hace mierda”. Evelyn siempre fue callada. Sus padres recién se enteraron cuando los convocó la directora de la escuela. Se

arrepiente de haber quedado paralizada ante el horror, sintiéndose un poco responsable. “Yo no decía nada, me quedaba en el rincón”. “Esto te lo cuento a vos porque es para un trabajo, si no ni a ganchos hablo del tema” dispara y ahí es donde resuena aquello que planteábamos párrafos atrás: que las generaciones de jóvenes construyeron su identidad social bajo la discreción (Pecheny, 2002) mientras que los adolescentes lo hacen a partir de la visibilidad sin rodeos. “No tenía idea que se llamaba bullying hasta hace poquito, en mi época era te están jodiendo, te cargan, te boludean, te discriminan pero no esa cosa de bullying”.

Carolina (25) es odontóloga. Asistía a una escuela pública donde, recuerda sobresaltada, en segundo grado la ataron a la escalera y permaneció allí durante una hora y media. “Siempre me sentí distinta a los demás”. Para su cumpleaños de siete le regalaron un set de química y un microscopio. Durante la adolescencia, ya transcurridos los episodios de bullying, se incorporó a un curso donde la eligieron abanderada. Ubica esa experiencia como una transformación ante el espejo de la vida social. “Nuestra generación es frívola e indiferente” dice, suspirando. “Me da bronca que a nadie le haya importado pero más bronca me da no poder decirlo”. A su novio, Juan Manuel (28) recién le contó que fue destinataria de bullying tras dos años de relación. Haber escuchado, hace cinco años, en un noticiero el concepto bullying la alivió: “Me puso feliz. Y mal porque todos lo estamos sufriendo”. Ella concibe como secreta esa faceta de su vida: “Siempre aparece el miedo de que te vuelva a pasar. Un poco es como la canción de Charly. Me siento una anormal”.

Gustavo (21) sufrió un accidente automovilístico que, a los trece años, lo colocó cuerpo a cuerpo con la muerte. Pasó cuatro semanas en coma. Tuvo una recuperación exitosa, excepto por una reducción de la movilidad del brazo izquierdo. “Me reincorporé a la escuela y ya empezaron a volverme loco”, arranca al narrar su historia. Cuando se encuentra a uno de sus compañeros de primer año del secundario cruza de cuadra. Hace tres años los borró del Facebook. Relata los episodios como si reconstruyera el mapa de un edificio en ruinas. “Al principio tenía mucha bronca. Pensé en matarme pero soy medio cagón, lo primero que vos crees es que sos un monstruo, una basura humana, que te lo merecés, que algo habrás hecho”. Hace dos años abandonó sus estudios en Derecho. Comenzó Psicología. “Porque quiero hacer algo con esto. Vos sabés que recién ahora lo estoy pudiendo contar y es muy fuerte. Hay que animarse”. Gustavo arroja una definición

de vital importancia para nuestro trabajo: “Mi momento más difícil fue cuando me dejaron de hostigar”. Sus esquemas cognitivos fueron gestados bajo circunstancias que al modificarse, produjeron cierta disonancia (Baron y Byrne, 2009). Es decir, se había acostumbrado a verse a sí mismo de un modo, había desarrollado hábitos de estudiante outsider (“sabía con quién socializar, con quién charlar, con quién no”) y al derrumbarse la estructura que lo sostenía “no supe qué hacer”. Aquello mismo que les sucedió a los últimos homosexuales (Meccia, 2011) cuando se modificó el entorno para el cual habían desarrollado defensas, la estructura sobre la cual desplegaron la agencia sobre su identidad social.

Nahuel (18) estudia periodismo porque quiere narrar historias. Las historias, asegura con la mirada firme, proveen herramientas para enfrentar las dificultades ante el espejo de la vida social que quiere compartir: “ayudar a los que todavía están adentro”. Imagen que se desarrolla en las seis entrevistas, desde seis hábitos y pertenencias a distintos campos sociales (Bourdieu, 2002) diferentes. Por un lado, los “sobrevivientes” y por el otro los que están adentro, en el “infierno”. A los doce comenzaron los episodios de bullying. “La razón era mi peso. Desde los cinco años soy gordo pero recién a los doce me lo hicieron saber y no del mejor modo”. Aquí es donde Nahuel distingue entre el atributo en sí y la valoración social sobre el mismo. “Ahora digo, si, soy gordo ¿Qué tiene? Pero hace unos años no sabés, me comía la cabeza. Ahora lo que más me afecta es no haber tenido nunca novia, que las chicas no se fijan en mí”. Después de cinco años de bullying, en diferentes gradientes, observa con perspicacia sociológica las formas en las que la discriminación opera. “Cuando discuto con alguien, por ejemplo sobre política, yo se quién me va a cerrar la charla diciéndome gordo y quien no. Ya ves en la forma que te mira si te va a discriminar o no. Te volvés un poco paranoico. Y te sentís muchas veces que sos distinto, que sos menos que un pibe copado. Que no sos un chico atractivo y que sos cualquiera” remata expirando una bocanada de cigarrillos rubios. Con respecto a la privacidad o publicidad del sufrimiento social admite que nunca tuvo problemas para contarlo. “Digamos que yo estoy hecho de eso, esta historia es mía y me hace ser como soy. Cualquiera persona que me conoce sabe que durante cinco años no tuve un puto amigo”. La primera vez que escuchó la denominación bullying fue a los catorce años, en el programa de radio de Mario

Pergolini. “Desde ese día lo escucho todas las mañanas. Más cuando me enteré que el es de los nuestros”.

Florencia (16) es una de las fundadoras del movimiento No más bullying. Un miércoles al mes se reúnen en las escalinatas laterales del Shopping Abasto alrededor de cincuenta adolescentes. Realizan las convocatorias utilizando redes sociales y portales cibernéticos como Facebook, Twitter, Taringa y Badoo. Funcionan como grupo de pertenencia donde sus participantes cuentan sus experiencias y se proyectan como movimiento social de la modernidad líquida (Bauman, 2002). Participan de marchas, como la del Orgullo Gay y cuentan con el apoyo explícito de la productora televisiva Cris Morena. Florencia se acercó al grupo tras dos intentos de suicidio que la llevaron a un tratamiento psiquiátrico y otro psicoanalítico que aún sostiene. Describe al movimiento como “mi segunda familia”. Los episodios de bullying comenzaron a los diez años. “Me empezó molestando la que mandaba en el curso y después siguieron las otras. Todas las mañanas dos chicas me pegaban cachetadas” hasta que sus padres decidieron cambiarla de colegio en primer año de la secundaria a una institución con especial formación artística orientada hacia las artes dramáticas: “si no hiciera teatro me cerraría mucho, me hace re bien”. Admite que en su autopercepción se vislumbra a sí misma como cerrada y taciturna pero que ambiciona con proyectarse en una representante de destinatarios de bullying. “Antes creía que me pasaba a mi sola pero me doy cuenta que somos muchos. Hoy salimos a la calle y no tenemos vergüenza que nos vean como panchos. Tenemos mucha fuerza”, sintetiza.

Carla (18) durante quinto grado, asistiendo a una escuela privada confesional, empezó a recibir mensajes en el contestador de la casa espetándole insultos. Aquello tomó cotidianidad después de las vacaciones de invierno. “Me decían gorda, fea y nerd. Yo no me copiaba en las pruebas y me gusta aprender”, expone, hablando con velocidad. Recuerda que transitaba una relación compleja con su padre (“es muy cerrado”) se repetían a diario las humillaciones de “las divinas”. Al cambiarse de escuela, se mantuvo mirando al curso “desde afuera. Me sentaba en el campo de deportes a leer novelas, sola”. Recién en tercer año de la secundaria hizo un quiebre. Se asumió bisexual y comenzó un noviazgo que duró un año y medio con Verónica. “Eso me enseñó a plantarme y no tener vergüenza de lo que soy”. Otra vez advertimos de qué modo se organiza el discurso colectivo, de qué

modo el colectivo social aún desestructurado, emerge en el espacio público. Y cómo el discurso colectivo moldea subjetividades estructurándose y estructurando representaciones sociales.

Bibliografía

- Baron, R. y Byrne D. (2009), *Psicología Social*, Buenos Aires, Pearson.
- .-Bauman, Z. (1996), *Modernidad y ambivalencia* en Beriain, J. (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Madrid, Anthropos.
- (2002) *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2003) *Comunidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo global*, Buenos Aires, Paidós.
- Becker, H. (2009) *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2002) *El sociólogo y las transformaciones recientes de la economía en la sociedad*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- De Ipola, E. (2005) *La bamba. Acerca del rumor carcelario*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- García Fanlo, L. (2010) *Genealogía de la argentinidad*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores.
- Giddens, A. (2009) *Sociología*, Madrid, Alianza.
- Goffman, E. (1978) *Ritual de la interacción*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo.
- (1989), *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Kaplan, C. (2006), *Violencias en plural*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Kornblit, A. (comp.)(2006), *Violencia escolar y climas sociales*, Buenos Aires, Biblos.
- Mallimaci, F. (2007) *Los derechos humanos y la ciudadanía como matriz de análisis social*, en *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, Torrado, S. (comp.), Buenos Aires, Edhasa.
- Meccia, E. (2006), *La cuestión gay*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores.
- (2011) *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores.
- (2012) *¿Ante el Bullying, qué refugios salvan de la estigmatización?*, Buenos Aires, Clarín (13/11/12).

- Míguez, D. (comp.) (2008), Violencias y conflictos en las escuelas, Buenos Aires, Paidós.
- Olweus, D. (1998), Conductas de acoso y amenaza entre escolares, Madrid, Morata.
- Pecheny, M. (2003) Identidades discretas en Arfuch, L. (comp.) Identidades, sujetos y subjetividades: narrativas de la diferencia, Buenos Aires, Prometeo.
- Ritzer, G. (2006) La McDonalización de la sociedad, Madrid, Editorial Popular.
- Schutz, A. y Luckmann, T. (2009) Las estructuras del mundo de la vida, Buenos Aires, Amorrortu.
- Sennett, R. (2012) La corrosión del carácter, Buenos Aires. Anagrama.
- Vega, V. (comp.) (2011), Violencia, maltrato, acoso laboral, Buenos Aires, Lugar.
- Verduci, L. (2014), Bullying en la infancia y adolescencia de los últimos homosexuales, Buenos Aires, Revista de Estudios de Psicología Social.